

La confianza

¿En mí? ¿En los demás? ¿Ver para creer o creer para ver?

Por [E. Armstrong](#)

A la confianza actualmente la relacionamos con la estima y los afectos, según lo cual, obtener una alta autoestima nos parece una necesidad tan vital, que en ciertos aspectos parece influir nuestra capacidad de creer en uno mismo como en los demás. Aunque también es posible centrar la autoestima en el cumplimiento o la obtención de logros, deseos y éxitos personales, lo cual puede crear visiones parciales de una realidad, al perder de vista que ella es mucho más rica y extensa de lo que se puede llegar a apreciar por medio de los sentimientos o pensamientos. Durante la vida es posible encontrarnos con una gama de realidades ante las cuales es posible aumentar la autoestima y, en consecuencia, nuestra capacidad de confiar; no ayuda apreciar como luego de nuestros fracasos, sufrimientos, y padecimientos, el simple hecho de aceptar la necesidad de tener que superarlos, aunque sea pidiendo ayuda, hace posible transformarlos en los momentos de mayor crecimiento personal, generando cambios positivos que aportan a la construcción de una personalidad más fuerte, con su correspondiente capacidad de hacernos sentir mayor confianza.

Lo anterior es una muestra de que todos disponemos de la facultad de transformar lo que despreciamos en fuentes de respeto y aprecio. Es cosa de mirar, consideremos por ejemplo a una vida centrada en cumplir únicamente los deseos personales, su confianza y seguridad personal podemos compararla a reducir el océano a la circunstancia de una gota de agua. Una gota que no desea ver más allá de sí misma. Ocurre que cuando la confianza se limita al entorno inmediato, nos

reducimos y, sin darnos cuenta, pronto nos encontramos a merced de un entorno al que no creemos poder influir, cambiar o alterar, y el temor nos invade. Es la tragedia de quien no quiere ver, porque ya no confía en nadie más, por lo que encerrado por las circunstancias va perdiendo la capacidad de superarse. Y quien pierde la confianza en quienes le rodean también perderá la suya, creando inseguridades donde jamás se justificaron, un medio fértil para tomar mayor distancia de los demás y de todo lo que le recuerde las frustraciones y desilusiones vividas. Y en la soledad parecen crecer nuestras sensaciones de estar bajo aislamiento, como un ser olvidado por todos, atrayendo dolores que pueden significar el inicio de sentimientos de angustia o de una depresión que requiera tratamiento oportuno.

La pérdida de la confianza nos hace sentir que vivimos a la deriva, mientras que al adquirirla sentimos un mayor control sobre lo que vivimos.

Por esta razón generar las condiciones de respeto que faciliten adquirir la confianza mutua puede ser un aporte muy efectivo a la paz y calidad de la convivencia, es la base de la formación y crecimiento de una comunidad exitosa, tal como su opuesto aparece como el preludio de su caída, anticipando el deterioro progresivo de los valores culturales que sustentaban la convivencia. A nivel de las amistades, del familiar o laboral, no parece ser diferente, por lo que construir o destruir las confianzas parece determinar, en gran medida, tanto la predisposición como las expectativas mutuas.

Confiar es creer, pero creer no necesariamente como el resultado objetivo de conocer o comprender, también puede representar la fe que tenemos en nuestros sueños y aspiraciones, en los cuales podríamos encontrar los que no tengan otro fundamento más allá de la ilusión que despierten en nosotros. Pareciera que el sustento para la confianza y alcanzar sus beneficios está en nuestra disposición más que en otras explicaciones, pero no por ello debemos descuidarnos y cegarnos ante una realidad que exige la prudencia de pensar y tomar las medidas necesarias antes de actuar, especialmente cuando estamos expuestos a lo que podría afectarnos negativamente.

Mentalmente, la confianza se muestra como una base muy eficiente y apreciada para sostener los esfuerzos que despierten las esperanzas o que sostengan a nuestros emprendimientos, en tanto que su opuesto, la desconfianza infundada, es percibida

como un defecto que invita a los temores que nos paralizan. La desconfianza, como los excesos de confianza, pueden también invitar a cometer imprudencias, riesgos que pueden llegar a destruir nuestras esperanzas. Lo vemos en la tolerancia, una palabra tan promocionada estos días como positiva y digna de ser considerada sin cuestionarnos, pero nadie habla de que tolerar significa aceptar una desconfianza que ya está presente. Y nadie se merece una desconfianza infundada, sin siquiera habernos interesado por conocer la realidad de quien nos piden tolerar, ya que quizás podíamos confiar y lo rechazamos por tolerar. Es que tolerar no siempre se trata de un valor o cualidad, es una palabra que reconoce aceptar una distancia hipócrita, solapada, oculta, porque en ella reconocemos aguantar o soportar un peso. Es que ella supone una actitud de contención emocional, lo cual implica postergar dudas, emociones y sentimientos que, acumulados podrían transformarse en una actitud de paciente ingratitud o inestable emocionalmente; la ausencia de aceptación es una actitud que representa una carga emocional y, por lo mismo, su duración será además de temporal, condicionada a formas de reciprocidad que no están consolidadas. En este aspecto, nuestra tolerancia supone subordinar convicciones y deseos propios, a los ajenos, admitiendo la voluntad de padecer, en alguna medida, por lo que aún cuando no nos convence, lo aceptamos porque aparece como más importante el respeto por una prioridad que no es la nuestra. La tolerancia y la paciencia son consideradas virtudes o positivos valores, pero para quien se beneficia de ellas hay circunstancias en las que ofrecen sabor a poco, y no pocas veces las recibimos acompañadas de nuestra tristeza y desazón. Es que la tolerancia representa hacer lo mínimo, hacer lo poco cuando es posible obtener más, es no interesarse más, no estar dispuestos a intentar comprender más, y por esto, es recibida sentimentalmente como una solución temporal o parcial. Aunque por supuesto, ella parece mejor que tener que aceptar la intolerancia, pero su estabilidad es tan precaria y pobre, que así es percibida por los afectados, por quienes debieran ser los supuestos beneficiados de un trato mejor, más digno y más humano.

Estamos llegando a lo más simple, después del ejemplo anterior que nos muestra como la confianza implica siempre aceptar un riesgo, ya que al delegar responsabilidades otorgamos oportunidades; además, la desconfianza por definición y aún cuando sea necesaria o justificada, es limitante. Lo que horada y puede destruir la confianza es la mentira, ya que representa todo lo que desilusiona. Mentir es hacer o decir lo opuesto a lo que se piensa o hace, por lo cual sostener lo que no tiene base, no permite evitar que tarde o temprano reaparecerá la verdad.

Mentir es simular, ocultar o aparentar lo que no se muestra, es cavar un hoyo bajo la confianza, hasta que esta caerá por su propio peso. ¿Entonces para qué engañamos o mentimos? Porque nuestra mentalidad de corto plazo nos hace creer que simular o falsear la realidad es ocasionalmente lo mejor y sin gran costo aparente. Es cubrir un fraude aprovechándose de la previa confianza depositada en nosotros, y por esto es defraudar traicionando la confianza. Y contra lo esperado, develar mentiras es temporalmente mucho más breve que lo que toma construir confianzas, lamentablemente es una experiencia que se aprende cuando ya es tarde.

Construir confianzas no es opción, para cualquier persona es una necesidad vital y permanente, ya que facilita la creación de vínculos y de relaciones más estables, por lo cual es un proceso que merece nuestra ocupación permanente: cómo lograr, despertar, o ganarse la confianza ajena.

Moralmente, la confianza efectivamente representa una muy buena base, pero por muy valiosa que pueda llegar a parecerse, podría no ser suficiente en ausencia de un sentido mayor, como puede serlo un compromiso responsable que la proyecte en el tiempo. Recordemos que los principios y valores morales, como toda ética, son un asunto subjetivo o relativo, cuando se presentan en ausencia de Amor. Si la única moral objetiva es la que no cambia, la que perdura, la auténticamente natural, entonces lo que le sea ajeno, tarde o temprano puede llegar a ser inmoral. En otras palabras, quienes nos hablan sobre las virtudes de los principios y valores, como si estos fueran una garantía de seguridad o que es posible separarlos del sentido que les demos, como si se tratara de cualquier otro acto humano, podrían estar relativizando estas palabras, ya que, sin Amor no tendrán proyección ni trascendencia, pasando a depender de cada circunstancia y contexto. Un ejemplo lo observamos en la confianza, porque su condición moral depende del objetivo o sentido que le demos; como la lealtad, la cual depende del motivo que la justifique y no de sí misma; o la soberbia, la cual nos destruye gracias a que se lo permitimos cuando nuestros éxitos y logros nos hacen sentir merecedores de una dignidad superior a la que naturalmente tenemos. Lo planteado no es teoría ni propuesta, obedece a nuestra naturaleza humana, y si se requiere una demostración debemos practicarla, pero lo que se puede garantizar es lo siguiente: todo lo que hagamos con Amor tendrá un resultado en el tiempo que se mostrará superior a lo esperado, y a lo que habría sido posible de otra forma.

La confianza también es una de las bases para la felicidad, porque es la expresión de nuestra fe interna, según lo cual ella implica que estamos aceptando delegar lo que puede llegar a tener diversas consecuencias mutuas. Ella es la disposición a fiar, a creer en el otro tal como es, haciéndonos corresponsables por quien al mismo tiempo es un ser dependiente y autónomo. Confiar es una valiosa base para el pensamiento, porque el camino de la felicidad es tan extenso, que muchos lo consideran eterno, por lo tanto su éxito también depende de la voluntad que permite sostenerla como un compromiso responsable y así permitir que los resultados demuestren la justificación de la confianza que ha sido depositada.

Confiar en el Amor representa una forma de compromiso tan especial como incondicional, el cual invita a ganarse permanentemente una confianza ajena, el cual ocurre así ya que solo quien ha recibido puede dar, despertando los sentimientos en que el agradecimiento será mutuo. Pero aquí no estamos hablando de reciprocidad como la que es posible observar en las múltiples manifestaciones del intercambio de los afectos, esto es diferente, ya que la incondicionalidad del Amor está garantizada por la confianza en la completa gratuidad para quien es su receptor.

Sin embargo, frente a una realidad que nos muestra cómo somos de posesivos y mantenemos múltiples carencias omnipresentes, en ocasiones nos cerramos mentalmente a priorizar lo que nos beneficia, anteponiendo las propias necesidades a las ajenas. Un gran cambio espera por nosotros, somos lentos para descubrir como transformarnos de ser tan individualistas y egocéntricos, en personas mas abiertas a la existencia y por lo tanto, capaces de compartirse. Eso representa uno de los papeles centrales del alma humana, cuyas manifestaciones conscientes son presencia de nuestra realidad eterna, ya que nos invita a darle un sentido a cada acto con un espíritu único, como expresión del Amor. El alma nos permite mantener un grado de conciencia ante la existencia omnipresente del Amor en nosotros, nos facilita Su encuentro y, llegar comprenderlo, significa reconocer la facultad de Amar, haciéndola una presencia viva para quien nos necesita. O sea, el Amor omnipresente en cada persona, demanda la participación libre y personal del ser humano para llegar a manifestarse, actuando como si hubiera delegado su poder en quien no lo tiene, como si confiara plenamente en quienes somos desconfiados por naturaleza. El Amor es como un Ser desprendido de Su poder buscando darnos la oportunidad de compartirlo, para que, de ese modo, podamos llegar a ver el significado de lo trascendente y eterno, al dar la verdadera vida dando Amor; todo

esto acontece cuando ponemos Su sentido en lo que hacemos y, de esta forma tan humilde, al identificarnos en el Amor es posible reconocernos.

La confianza lo está cambiando todo, el encuentro del ser consigo mismo lo cambia, y ahora, dependiendo del otro, es con y por el otro que se manifiesta en el Amor, el que se lleva en el Alma. Ser, ha dejado de tener un significado individualista o egocéntrico, ahora no depende únicamente de lo que hacemos o percibimos; ahora, identificarnos con lo que somos, con quien somos y podemos ser, se trata de algo diferente que parece incluir a toda la existencia, ya que por medio del Amor formamos parte de ella como participantes que la influyen y que pueden actuar sobre ella. El ser humano ya no está solo aunque se sienta solo, gracias al Amor puede reconocer las necesidades de los demás y, por su intermedio, se reconoce a si mismo en atender la necesidad trascendente de nunca perder esa confianza en lo que reconoce poseer para tantos que necesitan, en lo único que podrá acercarlo a la verdadera paz y felicidad.

Confiar también significa cuidar, proteger, resguardar, ya que depositar la fe en aquello que se está descuidando o que puede ser afectado por una imprudencia, parece un sin sentido, cuando no, una contradicción. Confiar no es olvidar, no es descuidar, no es actuar o delegar para mantenerse alejado, se trata justamente de lo opuesto, de entregar responsabilidades dando la oportunidad de actuar como se espera de quien ha recibido algo valioso que no le pertenecía y que no necesitará pagar, pero que podrá compartir a voluntad.

¿Si confiar es vivir, desconfiar, podría ser morir? Quizás, o mejor dicho depende, porque confiar en lo que nos daña o destruye es morir en alguna medida, mientras que depositar la confianza en lo que ayuda, es vivir. Morir y vivir realmente parecen las dos caras de una misma moneda, de la misma existencia, son las dos caras de una vida, la única que llevamos; tal como vivir o morir, construir o destruir, son las caras del momento, de cada efímero instante en el cual expresamos nuestra voluntad por medio de actuar con o sin Amor, al permitir Su ausencia o confiarnos a Su presencia.

El despertar de la vida ocurre con el despertar del alma, sin embargo, vivir es aquel proceso que ayuda al descubrimiento de lo que somos, de quienes somos y lo que podemos ser. Donde la conciencia es la voz del alma que invita a confiar en la necesidad de repensarlo todo lo mas posible, buscando que antes de actuar

logremos el acuerdo entre los pensamientos. Es como si el alma quisiera demostrarnos que en cada instante vivido, en cada pulsión o pensamiento, es importante actuar equilibradamente, lo que amerita intentar la mayor consecuencia posible entre la conciencia y lo que sustenta nuestro juicio previo a cada decisión racional. La base de nuestra confianza debe ser tan sólida como sea posible y, por lo mismo, la verdadera fe debe mostrar su respaldo objetivo con ausencia de contradicciones. Sin ir mas lejos, es lo mismo que le exigimos a nuestra conciencia, o a nuestra racionalidad, por lo que la naturaleza de la fe en la cual confiamos no debiera ser inconsecuente con sus postulados. La confianza se construye, lo sabemos, y para ello se sustenta en hechos objetivos, pero no en ilusiones o creencias que no dispongan de un fundamento empírico o lógico o natural. Confiar y tener fe es lo mismo, en cuanto a que ambas nos deben exigir aceptar ideas sustentadas en una inteligente racionalidad consciente. De lo contrario sería irracional o peor aún, un acto inconsciente, o sea, contrario a los dictados del alma, y por lo tanto, un acto que no considera al Amor, lo cual es una desinteligencia.

“Ver para creer”, es una frase que refleja una postura que desconfía, pero es muy humana, y ante la cual la respuesta recibida fue: “dichosos los que sin ver creen...”. Pero en contexto, la primera frase se refiere al deseo de verificar con los ojos, por lo tanto, ¿la respuesta se habrá referido a eso mismo? De ser así, jamás ella ha aludido a promover no pensar, o no dudar, o no cuestionarnos, o no considerar a la conciencia, como tampoco a desentendernos de la responsabilidad que tenemos para llegar a comprender nuestra naturaleza por convicción. Nunca se ha planteado que debemos aceptar aquello que otro nos propone sin intención de demostrarlo. Además, la visión humana no se limita a nuestra vista ocular, ya que se extiende a lo que podemos ver con los pensamientos y con el alma. Somos seres integrales bidimensionales y no una parcialidad, lo cual no haría ninguna integridad; somos seres racionales cuya inteligencia trasciende la propia racionalidad para extenderla a la inteligencia espiritual, lo cual ocurre por medio de la conciencia del alma, unidad cuyas facultades nos fueron dadas, son adscritas, y existen en nosotros para ser utilizadas con nuestro esfuerzo, pero nunca aceptando a quienes nos pidan olvidar o relegar lo que forma parte de nuestra naturaleza y seguridad mas elemental. Una fe sin sustento en la razón es irracional, no puede ser verdadera fe (Fides et Ratio), lo cual además sería una señal clara de ausencia de confianza en lo que se pretenda sostener, generando riesgos como lo puede significar caer bajo

quienes buscan abusar de su autoridad planteando obligaciones ajenas a lo que su fe dice postular.

Confiar es tener fe, pero el sustento de tal confianza merece, como todo, nuestra mayor prudencia posible, por lo cual jamás debemos aceptar a quienes promueven excluirnos de lo que nos advierte la prudencia o la inteligencia. En lo que respecta a la religión, una fe no debiera contradecir la razón ni a la inteligencia, ya que ambas la sustentan y apoyan, como partes de una misma naturaleza.

Hemos señalado que la confianza es una base, representando el inicio de lo que puede ofrecernos la vida por medio de los esfuerzos que conlleva, mas vivir es también aceptar el Amor, el que a su vez es la máxima expresión de confianza posible de llegar a reconocer. Es de este sencillo modo que podemos apreciar como el círculo de la vida eterna parece cerrarse sobre si mismo e indefinidamente, al ver que uno engendra el otro: confiar, Amar, confiar, Amar,...

¿Ver para creer? o ¿creer para ver? Son ambas respuestas las que cada persona debe ir descubriendo por si mismo/a, aunque puede haber mas: si efectivamente buscamos lo superior, entonces actuemos en consecuencia si buscamos que los demás sean como nosotros lo somos para los demás. Pero siempre seremos humanos, cometemos errores y faltas, tanto involuntarias como también por causas diversas, entre las que destacaría la ignorancia, las debilidades, los temores injustificados o la soberbia egocéntrica que nos acompaña desde que nacemos esperando por nuestros soñados logros, y de la cual tanto nos cuesta distanciarnos.

La confianza se parece a la alegría y el placer, como estados de ánimo que nos disponen favorablemente mientras seguimos caminando por la senda que llamamos vivir. Sin embargo, necesitamos tener en cuenta que lo esencial parece naturalmente esquivo inicialmente, si hasta la voluntad mas tenaz parece obligada a superar grandes dificultades, pero es en los procesos que nos ocurren y afectan donde necesitamos buscar respuestas. Quien no busca no encuentra, las dificultades representan experiencias que podemos convertirlas en oportunidades de avance, y no solo al superarlas, ya que el solo enfrentarlas con tenacidad y prudencia, puede significar un aporte a la construcción personal. Los éxitos y logros reconfortan, pero las dificultades y padecimientos aportan al crecimiento personal aunque nos cueste aceptarlo. La naturaleza humana se muestra con una sabiduría que no siempre demostramos, especialmente cuando enfrentamos las ingratas

frustraciones y decepciones parecen señalarnos la necesidad de abandonar nuestras aparentes seguridades, las mismas que sin saberlo, nos mantienen sin avanzar. Es como si la naturaleza estuviera construida por quien comprende que únicamente tomando distancia de nosotros mismos fuera posible encontrarnos con los cambios que no reconocemos requerir para abrirnos a realidades diferentes, superiores o mejores, a cambios que definitivamente podrían satisfacer mejor nuestras mayores esperanzas. Tal tesis supone un postulado temerario, al considerar que para encontrarse a si mismo, el ser humano podría necesitar abandonarse de si mismo. Una aparente contradicción, pero que implica con claridad como las carencias de medios propios o posesiones que tanto nos duele aceptar, no son lo mismo que tener carencia de medios disponibles como persona. En otras palabras, reducir al ser humano a lo que posee o aparenta ser, es lo que reduce nuestra humanidad; en cambio, desarrollar la facultad de desprenderse de las posesiones y poderes para beneficio ajeno, es mostrarse sin la careta elegida, demostrando una confianza que puede estar basada en sentirse parte activa e integral de una realidad que nos supera, que agradecemos y admiramos.

Quizás es en la vejez cuando comenzamos a ver y apreciar lo que lo tuvimos en nuestra vida, pero será tarde para muchos; quizás de jóvenes tenemos inmensamente mas de lo que creemos, pero no logramos verlo al mantenernos cerrados por la obsesiva búsqueda de autonomías egocéntricas, muchas de las cuales con frecuencia son tan irreales como absurdas e inhumanas, especialmente cuando fomentan nuestras mayores indolencias ante el prójimo que padece mas que uno/a, estando colaborar a nuestro lado y a nuestro alcance. Prueba de lo anterior es apreciar como lo mas deseado nos parece tan esquivo y difícil, en ocasiones, completamente ajeno a nuestro alcance, como si la naturaleza humana quisiera recordarnos que la vida real, la propia, transcurre en una temporalidad que es pasajera, donde nuestros deseos y percepciones de necesidades no tienen un límite para la mente, y con frecuencia, no pasarán de ser representaciones de ilusiones o deseos que buscan satisfacer nuestras mayores ansiedades. La razón no es todo, la mente no es todo, las sensaciones y emociones no son todo, mientras que la inteligencia bien dirigida es un instrumento que puede ser vital, pero exige tiempo y trabajo comprenderla, mas aún dominarla, pero nos queda lo mas sorprendente, es una voz que nos habla desde el silencio y la cual solo puede ser escuchada por los pensamientos. Una voz escuchamos, pero puede ser la palabra de muchos que se ocupan de lo que nos ocurre, que nos entregan su sabiduría para facilitarnos el transito por esta vida temporal, que nos invitan a escuchar con

mayor atención para repensar lo que nos dicta la razón, y decidir como mejor sea posible. La conciencia es para la inteligencia la voz del alma humana, es el medio expresivo que se manifiesta en los pensamientos buscando demostrarnos que podemos confiar en ella, y tan plenamente como para considerar que podemos desprendernos de todo en esta vida, pero no de ella, ya que la conciencia representa lo más profundo de la identidad del ser humano. Es en ella que lograremos reconocernos individualmente y comprender el papel que desempeñamos en el concierto de la existencia. La conciencia no nos habla de lo que debemos ser, tampoco de lo que debimos haber sido, y únicamente nos habla de lo que somos y de lo que nos ocurre. Ella no pide, ofrece; ella no juzga, advierte para prevenirnos; ella confía en lo que cada persona es, aún cuando la persona se rehuse a confiar en ella; ella no se equivoca, nosotros nos equivocamos al desatender sus dictados; ella representa el Amor de quienes buscan ayudarnos, para que cuanto antes podamos reencontrarnos con lo que somos, con quien somos, con quien podemos ser; ella es la esencia de nuestra naturaleza, por lo cual intentar conocerla un poco más siempre será un aporte. Puedes leer sobre ella en libro [Los Pilares de la Felicidad](#), o en Apuntes, varios ensayos publicados [sobre el Alma y el Amor](#).

Por eso puede ser indispensable retirarnos de vez en cuando para respirar sin las presiones cotidianas y tomar una ocasional distancia de sí, abandonarnos, desprendernos, son palabras que muestran pasos necesarios para abrirnos a reconocer otros aspectos de nuestra naturaleza. Al meditar, el tiempo y la búsqueda de la tranquilidad interior nos permite tomar esa necesaria distancia, para que en ocasiones logremos acceder al vacío, al espacio mental en que nos libera de la carga de los recuerdos, pensamientos y emociones, para que despojados de tanta bulla, podamos apreciar lo que realmente poseemos o somos, al sentirnos como los humildes y agradecidos observadores de la existencia que nos rodea. Son los primeros pasos, observar la naturaleza de la existencia con esa sabiduría infinita que todos podemos encontrar en ella, la cual nos permite apreciarla para confiar al empezar a comprenderla, hasta finalmente llegar a reencontrarla dentro de nosotros, donde se encuentra esperando por nosotros y a disposición de nosotros. Una iluminación interior que puede ocurrir gracias a causas variadas, como sentirnos, emocionarnos, vernos y pensarnos, pero la conciencia nos conduce hacia el otro, ya que es en el encuentro con el prójimo que disponemos de las mayores oportunidades de reconocer lo que verdadera y definitivamente somos. Es cuando comprendemos que sin el otro, no somos, porque no podremos ser. La distancia para la conciencia es vacío, es soledad, pero también, un recorrido que

permite transitar la senda que paso a paso nos llevará a ver, comprender y aceptar lo que somos, quien somos, como también en quienes podemos confiar plenamente.

Los medios disponibles hoy son múltiples, pero es el sentido que le damos a los medios elegidos lo que hace una diferencia que puede llegar a ser infinita, luego, ¿cómo reconocer en quien podemos confiar? La confianza parcial o proporcionada en su justa medida, es una prudente necesidad en esta vida temporal que llevamos, sin embargo cuando queremos depositar nuestra plena o total confianza puede tratarse de otro asunto y, al parecer, esta es una realidad que es posible de apreciar únicamente cuando logramos aceptar la necesidad de salirnos de nosotros mismos, para ir a Su encuentro. Ahora es posible reconocer que una fe puede mostrar ese camino, o debiera ser así, por lo que buscar una fe autentica, como a sus buenos y mas valiosos intermediarios o expositores, puede ser una tarea ardua, pero la cual merece nuestro esfuerzo y perseverancia. Necesitamos confiar en que finalmente alcanzaremos esa meta que se nos muestra en la llama que sentimos llevar en nuestro mas profundo interior, como una luz personal e individual prueba de Su existencia.